

Hemos considerado interesante reproducir en estas páginas las propias declaraciones de dirigentes de partidos de izquierda, ya publicadas en la prensa francesa, concretamente en "Le Nouvel Observateur" y hemos atendido en este número a las perspectivas de la izquierda ya que se trata, como dice Haro Tecglen en su artículo, de un hecho excepcional: por vez primera desde la guerra mundial última se presentan unidos a las elecciones todos los partidos de izquierda.

MICHEL ROCARD: "LAS ELECCIONES NO SON TODO"

REFLEJO DE LAS ELECCIONES FRANCESAS EN EL EXTRANJERO

«Amenaza roja vestida de gris», «Guerra civil», «Pompidou, amenazado». La prensa extranjera se interesa cada vez más por las elecciones francesas. El «New York Times» dice de ellas que «serán en extremo importantes para la Europa Occidental»; el «Times» (británico) subraya los «puntos débiles de la Constitución francesa», que califica de «graves»; el citado periódico estima igualmente que la campaña electoral que acaba de inaugurarse será «una de las más dramáticas que se hayan registrado últimamente», y termina previendo que en la nueva Asamblea habrá prácticamente el mismo número de diputados de derechas y de izquierdas, de lo que deduce que «será preciso volver a un sistema parlamentario».

El «Guardian», también británico, escribe que Pompidou «trata de atemorizar a los franceses y recurre incluso a las amenazas», y añade que «dado que no hay crisis constitucional en Francia, el Presidente, colocado entre la espada y la pared, se ha visto obligado a inventársela». El semanario americano «Newsweek» estima que Pompidou se equivocó al pensar, al comienzo de la campaña, que «al unirse al PC, el PS no hizo sino caer en una trampa que permitiría un nuevo triunfo parlamentario gaullista». «Ahora que cabe la posibilidad de una victoria de la izquierda, Pompidou parece volverse loco y enarbola ante las cámaras de televisión el "Después de nosotros, el diluvio", arma favorita del general De Gaulle». «De todas formas —prosigue "Newsweek"—, sea cual fuere el resultado de las elecciones, el partido gaullista ha perdido su supremacía en Francia». Para el diario liberal «Washington Post», pende sobre Francia una «amenaza de

caos», y podrían seguir a las elecciones «graves desórdenes sociales», ya que entra dentro de las posibilidades el que la alianza PS-PC gane las elecciones y obtenga la mayoría en la Asamblea. «La unión de la izquierda marcha tan bien —escribe el editorialista—, que todos los políticos se preguntan ya cómo se distribuirán las carteras y, sobre todo, de qué Ministerio se ocupará Georges Marchais».

Para «La Gazette de Lausanne», «nadie sabe a ciencia cierta qué ocurrirá el 12 de marzo si las izquierdas consiguen la mayoría de los escaños en la Asamblea Nacional. Sabemos lo que no hará Pompidou, pero éste se ha guardado muy bien de decir qué es lo que hará en tal caso (aunque él sí lo sepa)».

En el Este, el tono es, claro está, muy distinto. La prensa soviética ataca regularmente a los «reformistas alineados bajo la bandera del antisovietismo más caduco», y la agencia Tass, aun sin aludir directamente a la UDR, escribe que para la derecha, «todos los medios son buenos, desde el anticomunismo más elemental, hasta los ataques personales contra los dirigentes del PC y del PS».

En los otros países socialistas, la prensa es optimista. El «Rude Pravda»: «Por primera vez en catorce años, la UDR tiene enfrente a un rival de perspectivas realistas». El diario yugoslavo «Borba», en un editorial titulado «Las contradicciones de la V República», hace hincapié en los «numerosos signos precursores de una victoria de la izquierda unida en las próximas elecciones», así como en los malhadados esfuerzos de Pompidou para «savageguardar el sistema capitalista y el poder burgués».

MICHEL ROCARD.—Para toda la clase política, la gran noche será la del once de marzo. Los resultados me interesan menos que las consecuencias que tendrán a partir del día siguiente al de las elecciones. Supongamos que la izquierda conquista la mayoría: hoy todo indica que tal victoria es posible. Aun cuando no comulgamos totalmente con el programa común, los del PSU luchamos junto a las demás fuerzas de la izquierda para ganar las elecciones.

«Si ganamos, es que el país está harto de la mayoría actual y de su jefe, Pompidou. En las elecciones sólo se designa a los miembros de la Asamblea Nacional, y la Constitución no obliga al Presidente de la República a dimitir si su partido sólo consigue una minoría de votos. Como la Constitución no le obliga a ello,

tendentes a obligar a la derecha a aceptar hasta en sus últimas consecuencias la victoria electoral de la izquierda. Puede ser igualmente un movimiento muy diversificado que partiendo de la base garantice el control popular de las decisiones en todos los terrenos: organización del trabajo en las empresas, administración de la vida local, de los suministros, control de los medios de innovación, etcétera. Se trataría, en cualquier caso, de convertir en realidad el cambio de poder exigido por los franceses, no sólo dentro del Gobierno, sino en todos los sectores donde se ejerce algún tipo de autoridad.

—Sus amigos temen que una mayoría de izquierda pueda tratar de llegar a compromisos con los poderes establecidos.

M. R.—Es este un riesgo que no conviene menospreciar. Si

ENTREVISTA CON EL SECRETARIO NACIONAL DEL P.S.U.

procuraremos que sean los franceses quienes le fueren bien a aceptar la expresión de la voluntad popular (sin tratar de sabotarla), bien a dimitir.

«Las elecciones no lo son todo. La victoria de la izquierda provocará un enorme «shock» psicológico, comparable a situaciones que ya conocimos bajo el Frente Popular, cuando la Liberación o en mayo de mil novecientos sesenta y ocho. Será la «movilización» del país lo que provocará cambios reales.

—¿Cómo será esa «movilización» del país a que usted alude?

M. R.—Podría asumir formas muy diversas. Puede resultar espectacular, con grandes huelgas, manifestaciones callejeras,

el PS está actualmente orientado hacia la izquierda, ello se debe a que su grupo parlamentario saliente desempeña sólo un modesto papel. Un grupo parlamentario en la oposición apenas si tiene peso. En el caso de que se produzca un considerable progreso socialista, existe el riesgo de que gran parte del grupo parlamentario abogue por una aproximación al centro. En este sentido, y sin darnoslas de pitonisos, podemos afirmar que las generaciones más veteranas, las corrientes políticas más tradicionalistas y los medios sociales menos innovadores tendrán gran peso en el Partido Socialista parlamentario. Por el momento sólo tratan de ganar terreno, sin preocuparse seriamente de lo que harán después.



«El PS ha colocado al frente de su formación a François Mitterrand, no para que determine los cambios que habrá que introducir en el país, sino para conseguir una victoria electoral. No se trataba de contestar a la pregunta de «¿qué hacer?», sino a la de «¿cómo ganar?». En caso de victoria de la izquierda es de temer que la derecha del PS ejerza, debido a sus posiciones parlamentarias, un peso excesivo sobre el conjunto del PS. Es posible que trate de llegar a algún compromiso con el centro y parte de la derecha. Pompidou puede sentirse tentado por una coalición más orientada hacia el centro izquierdo y buscar un acuerdo con ciertos elementos socialistas; es ciertamente posible que una mayoría del PS trate de ser fiel a los acuerdos firmados. En cualquier caso, será el país en movimiento el único que pueda impedir las eventuales maniobras. De una forma u otra, es inevitable el que se llegue a ciertos compromisos; lo importante es, sin embargo, desplazar la zona en que éstos hayan de producirse. Si el país

se muestra apático, la maniobra de una «tercera fuerza» podría tener éxito, y se trataría una vez más de una falsa victoria de la izquierda. Si, por el contrario, el país se moviliza, la zona de compromiso se desplazará en el sentido que nosotros deseamos.

—Pero el programa común de la izquierda compromete a ambos partidos. ¿No es esto suficiente?

M. R.—Como usted sabe, el Frente Popular tenía también su programa. Sin embargo, éste no incluía los tres cambios esenciales introducidos posteriormente: la semana de cuarenta horas, las vacaciones pagadas y las nacionalizaciones. Estos cambios terminaron imponiéndolos las huelgas y la presión popular. Todo esto se llevó a cabo durante las primeras semanas que siguieron a la victoria. También en esta ocasión pueden ser decisivos los días siguientes al de las elecciones. También esta vez será preciso superar el programa para que

se realice en los hechos la voluntad de cambio.

—¿Qué entiende usted por «superación del programa común»?

M. R.—Francia es, de todos los países occidentales, aquel donde menos responsabilidad tienen los ciudadanos sobre sus propios asuntos. Todo se decide al margen de los mismos, y en este sentido, ni siquiera se aplica la ley, puesto que sólo se ha convocado un tercio del total de comités de empresa. Otra cosa: el capitalismo francés está en proceso de expansión, pero somos el país occidental donde más larga es la jornada de trabajo y más elevada la productividad. Ahora bien, nuestros bienes de equipo no son tan modernos: son, pues, las carencias las que explican nuestra alta productividad. Se exige a los obreros trabajar más que en otras partes, realizar esfuerzos superiores, y se les impide, al mismo tiempo, controlar su propio trabajo. No tienen capacidad de decisión ni sobre su propio trabajo, ni sobre la ciudad en que viven, ni sobre nada. Esta represión de

los grupos sociales hace inevitable un estallido. Se trata de una evidencia abrumadora.

—Para que se produzca el estallido hace falta, sin embargo, un acontecimiento que sirva de detonador; éste podría ser la victoria de la izquierda. Esta vez, el objetivo de los trabajadores rebasará el marco de las nacionalizaciones, y consistirá en extender a todos los sectores de actividad del país el cambio de poder exigido por los electores.

—No será una medida ni muy constitucional ni excesivamente legal.

M. R.—La ley siempre lleva retraso respecto a la realidad. Así, pues, traducirá sólo a posteriori la nueva relación de fuerzas. Sería injusto oponer a la izquierda, detentadora del poder legislativo, leyes que ella misma ha combatido y que debe —es su deber político— abolir.

—¿Con qué medios movilizarán ustedes al país?

M. R.—No es posible desencadenar sin más un movimiento social. Los movimientos sociales se producen o no se producen. Si el PSU intentase él solo crear una situación nueva, no es muy probable que llegase muy lejos. Pero en un clima favorable, los numerosos militantes del PSU que trabajan en la industria, donde tienen a menudo responsabilidades sindicales, podrían desempeñar, en el caso de una victoria de la izquierda, un papel muy importante. Hay muchos militantes sólidos y eficaces en el seno de la CFDT, en parte de la FEN y en el marco del Movimiento de Trabajadores Campesinos. Un día habrá que contar con ellos. Habrá que tener en cuenta igualmente a la extrema izquierda revolucionaria. Para ayudar a los trabajadores habrá que apoyarse en todos los militantes dispuestos a transformar en profundidad los mecanismos de control político y económico.

—¿Y si no se produce nada, a pesar de la intervención de todas estas fuerzas?

M. R.—Entonces quedaría abierto el campo para un giro más o menos rápido a la derecha. Sería una victoria inútil y tal vez costosa. Llevamos ya casi veinte años pagando la falsa victoria de mil novecientos cincuenta y seis. No habría nada más desastroso que un combate electoral ganado por la izquierda, pero seguido de un rápido reflujo. Si el pueblo no presiona, Pompidou y la derecha tendrán varios triunfos en sus manos que les permitirán recuperar el terreno perdido (...). ■ Declaraciones recogidas por GUY SITBON.